

Eugenio Fuentes

WENDY

SERIE
**RICARDO
CUPIDO**



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EUGENIO FUENTES
WENDY

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2025

© Eugenio Fuentes, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-684-5
Depósito legal: B. 14.655-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

1. Un saco de huesos	11
2. جَمَال	25
3. Gemelos	34
4. Un vídeo erótico	45
5. Paula	54
6. La pena máxima	67
7. Familia	83
8. Gamma	94
9. Pepper	102
10. Retorno a Mistralia	115
11. Búsqueda	126
12. Cisne	140
13. El pasado	146
14. Gusanos	165
15. Amor	179
16. Tu mamá	184
17. Asfixia	186
18. Malas noticias	213
19. Desaparecido	223
20. Dron	230
21. Viaducto	232

22. Pesadilla	248
23. Un Hummer negro	252
24. Adriana Beleza	260
25. Asamblea	272
26. Mensajes	284
27. Grulla	291
28. Wifi	306
29. Ceguera	312
30. El mercurio	324
31. Percebes	339
32. Funeral	346
33. Malinche	352
34. Berta y Trino	356
35. Medio millón en la basura	365
36. Colirio	377
37. Los Tigres de Sinaloa	390
38. Ambulancia	403
39. Secuestro	410
40. Polígono	418
41. <i>Weekend</i>	423
42. Sumario	449
43. Nala	457
44. El cuerpo	466
45. Grabaciones	479
46. Última conversación	485
47. Hogar	493
<i>Agradecimientos</i>	501

En cuanto ve el control que la Guardia Civil ha montado en la autovía, Sami sabe que van a registrarlo. Sus rasgos son inconfundiblemente bereberes y, aunque ha nacido en España, en situaciones semejantes siempre lo han considerado sospechoso. Lo más probable es que hayan instalado el control en busca de drogas y él es un candidato a camello para los guardias, que de un vistazo seleccionan a los conductores a los que hay que registrar. Para colmo, se ha fumado un porro media hora antes de salir, porque estaba nervioso, y es probable que lo noten en su olor y en sus pupilas. Y en efecto, una guardia con los galones de sargento le señala el arcén.

—Documentación, por favor. Y apague el motor.

Sami le entrega la documentación de su Renault Express de segunda mano a un agente alto y fuerte, que comprueba si coincide con la matrícula.

—¿Su carnet de conducir?

El guardia lo revisa con atención, con el ceño fruncido al leer que, a todos los efectos y a pesar del nombre y los apellidos árabes, él es español y nacido en España, adonde habían emigrado sus padres años antes de su nacimiento. Comprueba que la foto corresponde con su aspecto y finalmente parece conforme y le devuelve la documentación.

—Abra la puerta de atrás, por favor.

—No llevo nada —dice sin bajarse, con un perfecto acento, que a menudo sorprende a quienes lo escuchan.

Un segundo guardia se acerca con una labradora de color negro que tira con fuerza de la correa como si hubiera detectado algo y lo olisquea por la ventanilla abierta. El guardia dice:

—A *Mica* no le gustan ni el olor a hachís ni quienes lo consumen. Abra el cenicero y baje del coche.

Abre el cenicero, que por fortuna está limpio, porque se fumó el porro antes de entrar en el coche. Sin embargo, le hacen el test de alcohol y el de drogas, que a los cinco minutos indica positivo por cannabis.

El primer guardia repite:

—Abra el portón.

Aunque no es creyente, Sami susurra una plegaria mientras abre la puerta de la Express. Para entonces ya hay otros dos guardias a su alrededor, alertados por la perra, que ladra excitada marcando un bulto informe bajo una lona. El guardia alto la levanta y descubre un saco de arpillera. Lo toca intentando adivinar su contenido.

—¿Qué lleva ahí?

—Nada —responde en una voz tan baja que no lo entienden.

—¿Qué es esto?

—Nada.

—Ábralo.

Cuando abre el saco, otro guardia ya está tras él, lo empuja contra la Express y le ordena:

—Apoya las manos en el coche, bien abiertas. ¡Que yo vea si llevas limpias las uñas! Y abre las piernas.

Sami siente vergüenza y rabia cuando lo cachea de forma concienzuda, con un impudor al que no está acostumbrado. Al menos, suspira, no lo ha hecho una mujer. Al terminar, el agente mantiene una mano entre sus omóplatos empujándolo contra el coche. Todos se tensan cuando el agente alto grita:

—¡Mi sargento!

La guardia que le ha ordenado detenerse va hacia ellos.

—Creo que debe ver esto.

Desde su posición, apoyado contra el coche, con las manos en lo alto de la helada carrocera, ve cómo la mujer se pone unos guantes quirúrgicos para tocar el saco.

—Son huesos.

—Eso parece.

—Y creo que son de niño.

A Sami el corazón le da un vuelco y siente que la circulación

de la sangre le cambia de sentido, que el oxígeno se le escapa de los pulmones y es como si tragara humo.

—Tráelo aquí —ordena la sargento.

Lo empujan hasta el portón, donde la mujer lo mira a los ojos y le pregunta:

—¿Qué llevas en el saco?

Sami intenta responder, pero ninguna palabra le sube garganta arriba.

—Un regalo de Navidad —bromea otro de los guardias.

—¿Qué llevas en el saco?

—No lo sé —dice al fin, con una voz que le cuesta reconocer como suya. No va a hablar, no va a explicar nada, lo negará todo recordando el consejo mil veces repetido de su padre cuando contaba cómo había llegado a España desde Túnez, vía Marruecos, en una patera. Para no ser devueltos a su país, destruían sus papeles y se negaban a dar ningún dato sobre su identidad.

—Son huesos —dice uno de los guardias.

—Huesos de niño. Supongo que alguna vez te han hecho una radiografía.

Para entonces, todos en el control están en guardia, excitados por el hallazgo, satisfechos como una pandilla que hubiera salido a la playa con un detector de metales en busca de monedas y bisutería y hubieran encontrado una pulsera de brillantes.

—¿Estás grabándolo?

—Sí.

—Vamos a verlo.

Abre el saco para que lo capte la cámara y, en efecto, se ven algunos huesos. No queda ninguna duda cuando aparece la mirada vacía de una calavera infantil.

—¿De dónde los has sacado?

Sami no contesta.

—¿De quién son los huesos?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Llevas un saco de huesos de niño en tu coche y no sabes de dónde los has sacado?

La guardia lo mira con dureza, es evidente que no lo cree. Para entonces, le han doblado los brazos hacia atrás y lo han esposado.

—Son huesos humanos —dice el agente alto—, y más te vale

decirnos de dónde proceden si no quieres que empecemos a pensar cosas raras.

—Tengo derecho a... —protesta, pero no sabe qué añadir.

—¿Derecho? Tus derechos son incompatibles con llevar un saco de huesos humanos en tu coche —dice la sargento. Si él sabe reclamar, la mujer sabe hacerlo callar.

Envuelto en la hostilidad de los guardias y de los ocupantes de dos coches que observan su detención antes de que les permitan marcharse, Sami vuelve a sentir el rechazo que ha experimentado tantas veces en el colegio, en el instituto, en la vida cotidiana, en un país que, a pesar de todo, considera como suyo. Es español a todos los efectos y no siente apego hacia la aldea del Atlas tunecino de donde procede su familia y adonde han ido en vacaciones ni ninguna nostalgia ancestral por las casas sin ventanas, las chilabas, las sandalias para caminar por la arena, el canto del muecín, el cuscús ni los dátiles, aunque le sigue gustando el té con yerba buena. Cuando ve una palmera no piensa en el desierto y su cielo anaranjado. No celebra el Ramadán. Sin embargo, está claro que muchos españoles no lo consideran un compatriota, nunca ha perdido del todo esa sensación y cree que los suyos todavía tardarán otra generación en superarla... Aunque la verdad es que tampoco los musulmanes hacen todo lo posible por integrarse y a veces se siente en tierra de nadie: sufre el desdén de los españoles históricos y el recelo de los de origen árabe... Quizá sus hijos, Azahara y Karim, que sacan excelentes notas en el colegio, sean algún día ciudadanos españoles de pleno derecho y nadie cuestione su apellido, el tono de su piel, la boca grande o el tipo de cabello. Tal como los están educando, tampoco la religión pesará en ellos, probablemente hablarán más con Alexa que con Mahoma.

Pero de momento él todavía sigue oscilando entre el rechazo que detecta en los demás y su propia admiración por cómo funciona España, por sus modos de vida, por sus estructuras administrativas y políticas, por la libertad en la vida personal y en las calles, por su riqueza, sus costumbres, su idioma. Incluso acaba de comprar regalos de Reyes para sus hijos, para que no se sientan diferentes de sus compañeros cuando vuelvan a clase el día 8, después de las vacaciones, y hasta le gusta el frío de la Navidad que blanquea el aliento de los ateridos y malhumorados guardias civi-

les. Ahora, con las manos esposadas, nota caer sobre su cabeza la fuerza de su organización, el poder del Estado cuando se pone en marcha. Se siente minúsculo frente a la Guardia Civil, frente a las leyes y frente a la sargento que comienza a impartir órdenes:

—¡Que nadie más toque el coche! Avisa a la grúa. A él le leemos sus derechos y nos lo llevamos. No hemos encontrado hierba, pero hemos encontrado huesos. Llamo a casa a ver qué nos dicen.

La sargento se sienta al volante de uno de sus Land Cruisers y, a través del parabrisas, el esposado Sami la ve hablando mientras lo mira. Al cabo de dos minutos vuelve a salir y ordena:

—Levantamos el control. Volvemos al cuartel a ver de qué va todo esto.

Muy joven, todavía menor de edad, Sami había cometido algunas gamberradas que traspasaban el límite de lo legal y por las que su padre había tenido que pagar más de una multa. Lo más grave había sido transportar un kilo de hachís hasta Madrid, de lo que, por fortuna, nadie se había enterado. Pero superados sin mayores consecuencias los turbulentos años adolescentes de rebeldía e insatisfacción, nunca había vuelto a infringir ninguna ley.

Y ahora, sin embargo, por una acción piadosa, está esposado en una habitación con una sola puerta y ninguna ventana del cuartel de la Guardia Civil de Breda a la espera del interrogatorio. Le han informado de sus derechos y enseguida le han recordado unos lejanos antecedentes juveniles. Le han quitado el cinturón, los cordones de las deportivas, el móvil, las llaves de casa y las del coche. Lo han fotografiado para el reconocimiento facial y le han tomado las huellas digitales. Un funcionario con guantes de látex de color azul le ha apretado los dedos, uno a uno, en un tampón electrónico. Por fortuna, no le han frotado las encías con un bastoncillo para extraer su ADN, como había llegado a temer. En un primer momento lo han encerrado en una celda donde huele a materia muerta más que en el tanatorio donde trabaja. Luego le han dejado hacer una llamada y ha telefoneado a Fátima, su mujer, contándole lo que ocurre, para que avise a su hermano Hasán y busquen a un abogado. Está asustado y no sabe qué hacer. Teme que lo in-

criminen con temas yihadistas y que se complique lo que solo ha sido un enorme error, por obediencia a los mandatos de Alá, en el que no cree.

Lleva más de dos horas esperando en la habitación, solo, sin duda como una estrategia para ablandarlo, aunque él cree que solo se ablandan los inocentes, los culpables siguen siendo duros, cuando abren la puerta sin llamar y aparecen la sargento y el guardia civil alto y fuerte que ya conoce, que también luce unos galones que no sabe qué significan. Ha visto suficientes películas y series para saber que habrán estado observándolo desde el otro lado del espejo. Ahora la sargento coloca tras ella un trípode con una pequeña cámara, la enciende y la enfoca hacia él. Inicia la grabación y, después de identificarse como la sargento Andrea Solana y el cabo Gonzalo Yelmo, y de decir el lugar, la fecha y la hora, se dirige a él:

—Sami Cherif. ¿Puedes contarnos por qué llevabas esta mañana un saco de huesos en tu coche?

—Es un asunto privado —se limita a responder.

—En este país, unos huesos humanos nunca son asunto privado —dice Yelmo.

—¿De quién son los huesos, Sami?

—¿A quién has matado? —pregunta Yelmo.

—Yo no he matado a nadie. Es un asunto privado —responde. Lo pone nervioso la avidez de la cámara, el piloto rojo de la grabación, aunque procura no mirar hacia ella.

La mujer, Andrea, pone una mano sobre el antebrazo de su compañero para calmarlo, y le dice:

—Escúchame, Sami. Sabemos quién eres. Hemos visto tus antecedentes con un tal... Hasán.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Era menor de edad.

—Te ficharon en un par de peleas. Y también provocasteis un incendio de pastos.

—No fue intencionado.

—Está en tu expediente. Y todo eso se lo pasaremos a la jueza cuando te pongamos a su disposición.

—No fue intencionado —repite, ganando tiempo para pensar. En realidad, fue una tontería que ni siquiera recordaba, pero que ellos sí recuerdan. Tenían dieciséis años, estaban empezando a fu-

mar y, jugando con un mechero en una caseta abandonada del extrarradio, les prendieron fuego a unos papeles que había en un rincón y el fuego se les fue de las manos. Cuando se quisieron dar cuenta, tenían encima a una patrulla de la policía municipal que los había identificado y denunciado, aunque enseguida quedó claro que se trataba de un accidente y todo acabó con una multa.

—En todo caso, has progresado. Mejor dedicarte a quemar cadáveres en el tanatorio que a provocar incendios —dice la sargento hojeando sus papeles—. También sabemos que tienes familia: mujer y dos hijos, Azahara y Karim, de siete y cinco años. Que trabajas en la funeraria y que tus jefes, al menos hasta ahora, no tienen quejas de ti. Nos han dicho que estás satisfechos contigo, que cumples los horarios, incluso en el Ramadán, y que no racaneas con las tareas. —Andrea cierra la carpeta y añade—: Me aburre recurrir a los papeles, pero quiero dejarte muy clara tu situación. Prefiero hablar las cosas ahora que estás más tranquilo, porque en el control diste positivo por cannabis.

Sami escucha mirando a los ojos a la sargento para demostrar que es inaccesible a las presiones, pero ante la última información inclina la mirada hacia la mesa.

—Por tu trabajo sabes mucho de huesos, ¿no? —Yelmo toma el relevo enseguida, sin darle respiro, sin dejar de picotearlo, pero Sami piensa que todo es una estrategia, que solo lo está empujando para que se eche en brazos de la sargento, más tranquila, pero también incansable en su interrogatorio. Tiene que cuidarse sobre todo de ella, de ese tipo de guardias amables y astutos que detrás de una pregunta esconden una trampa y otra pregunta camuflada de algún modo retorcido, porque en realidad no esperan una respuesta sino una confesión de culpabilidad.

—Escúchame bien, Sami. El forense ya está analizando los huesos y en unas horas sabremos mucho sobre ellos, puede que incluso identifiquemos a quién pertenecían. Tendremos toda la información y habrá dos posibilidades: o nos lo dices ya mismo, antes de que lleguen los de Madrid, con lo cual tendremos en cuenta tu colaboración, o lo averiguamos nosotros y agravarás tu condena por obstrucción a la justicia. Callándote no vas a ganar nada que no ganes hablando. ¿Tienes algo que ver con esos huesos?

—No, nada.

—Sería la primera vez que sorprendemos a alguien con restos humanos que no tiene nada que ver con una muerte.

—¿De quién son los huesos que llevabas en tu coche? —martillea Yelmo silabeando muy despacio, con tanta claridad como si le estuviera dando clases de castellano.

—Es un asunto privado.

—De acuerdo —suspira Andrea—. Vamos a aceptar que tú no has deshuesado a nadie. Pero vas a decirnos de dónde los has sacado. Sabes que mover restos humanos sin autorización es un delito.

Sami no responde y Andrea insiste:

—¿Adónde los llevabas?

Sami no responde, como si no comprendiera el idioma.

—¿Quién más lo sabía?

Sami no responde.

—¿Quién más lo sabía?

Ante el silencio, Yelmo detiene la ametralladora y se levanta de la mesa.

—A mí se me ha acabado la paciencia. Lo mandamos a la jueza y que ella se encargue —se dirige a Andrea, como si él no estuviera delante—. Me voy a tomar un café.

Andrea espera a que salga de la habitación y, consciente de que ese diálogo de sordos no lleva a ningún lado, propone:

—Sami, vamos a hablar de tú a tú.

—¿De tú a tú? Tú eres policía y yo estoy detenido. No es posible hablar de tú a tú.

—De acuerdo. —La sargento también se ha cansado—. Estás perdiendo tu oportunidad. En un par de horas llegarán los de Madrid y te pasaremos con ellos.

—¿Quiénes son los de Madrid?

—Seguro que lo adivinas.

—No.

—Antiterrorismo. Creen que hay algo extraño en todo este asunto. El hecho de que los restos pertenezcan a un niño agrava tu situación. Ya han salido de Madrid y vienen hacia acá, te queda poco tiempo, no tardarán en llegar.

Andrea recoge la carpeta, apaga la cámara y también se marcha.

De nuevo a solas, a la espera del abogado que le enviará Fátima, Sami recuerda que todo comenzó a cambiar muy deprisa, tres años antes, tras la muerte de su padre, que trabajaba en una finca ganadera con una casa rural, Medialdea, a tiempo completo, y completo significaba trabajar los siete días de la semana durante los doce meses del año, porque el ganado no celebra los festivos, como decía el dueño, que lo controlaba como si tuviera un cronómetro en las manos. Sami trabajaba con él a temporadas en la siega y recogida del pasto, en las revisiones de paredes y alambradas, en cualquier tarea ocasional. Su padre murió pisoteado por un semental charolés en celo, que descargó en él su frustración por impedirle acceder a una novilla destinada a ser inseminada por el veterinario. Como su padre había comentado alguna vez que quería ser enterrado en Túnez con los suyos, en contacto con la tierra y mirando hacia La Meca, la familia trasladó el cadáver a su aldea y su madre ya no quiso volver a España. Aunque les habían racaneado una indemnización laboral por el accidente, tenía recursos para vivir allí abajo sin problemas.

Los hijos, españoles a todos los efectos, siguieron en Breda. Sami siempre creyó que la brutal muerte de su padre impidió que el dueño de Medialdea lo contratara para ocupar su lugar, temeroso de que no olvidara la trágica muerte de su padre pisoteado, pues algo así perdura en la memoria. En cambio, contrató a su cuñado Hasán. A Sami, sin empleo fijo, casado con Fátima y con dos niños pequeños, un día le llegó una oferta del INEM para trabajar temporalmente en el crematorio de Breda, construido, como al reclamo del humo, en unos terrenos del extrarradio donde antes había un almacén de carbón y leña.

—¿Crematorio? —se sorprendió Fátima cuando se lo contó. Con ella estaba su hermano Hasán, que había ido a llevarles unas verduras y hortalizas del huerto que cultivaba en Medialdea. Vivía en la casita de los guardeses—. ¿Qué es crematorio?

—Una funeraria de los cristianos. Donde ellos queman a los muertos.

—¿Donde queman a los muertos?

—Sí.

—Pero Alá prohíbe quemar los cadáveres —dijo Hasán con su habitual tono rápido y vivaracho—. Si quemas a un muerto te condenarás.

—A los cristianos no les importa que los quemen, porque creen que el día del Juicio Final su dios volverá a recomponerlos como eran. Y al crematorio no llevan cuerpos de musulmanes.

—Quemas el cadáver de uno de los tuyos y terminas quemando el Corán —dijo Hasán.

Fátima, dubitativa, miró a su hermano y luego miró a Sami.

—¿Quemar cadáveres? No sé, no sé.

—Si no acepto este trabajo, me pondrán el último de la lista y no sé cuánto tiempo tardarán en ofrecerme otro.

—Sabéis que yo puedo ayudaros —dijo Hasán.

—Ya nos has ayudado muchas veces.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Fátima.

—Mil cuatrocientos euros. Y dos pagas extra.

Fátima abrió los ojos. No era indiferente a las cuestiones religiosas, pero las colocaba un escalón por debajo del bienestar familiar. Si los intereses de su familia implicaban cierta lasitud de los preceptos islámicos, seguro que Alá la comprendería y sería misericordioso con ella.

—Y si trabajo en días de fiesta, las horas extra se pagan mejor.

—Pues tendrás horas extra, porque los muertos no respetan horarios —bromeó Hasán.

Aunque con prevención por parte de Fátima y con recelo por parte de su cuñado, Sami aceptó el empleo en el crematorio con la promesa de que nunca quemaría el cuerpo de un musulmán. El contrato temporal se convirtió en fijo y desde entonces les había ido muy bien..., hasta unas horas antes. Algunas veces, al principio, Fátima, recelosa de que aquel trabajo fuera honrado, no dejaba que se acercara a ella por las noches diciéndole que olía a ceniza. Cuando hablaba por teléfono con sus parientes de Túnez, daba rodeos para ocultar la profesión de su esposo, como si se avergonzara de ella. O quizá era que a las mujeres no les gustaba quemar. Siempre habían sido las guardianas del fuego en el hogar, de los braseros para combatir el frío, del uso racional de las brasas, ellas no prendían grandes hogueras ni usaban las llamas como destrucción. O al menos Sami no recordaba ninguna historia sobre mujeres pirómanas. Tampoco sabía de mujeres que hubieran quemado a los hombres, siempre eran hombres quienes quemaban a las mujeres. Pero después de comprobar cómo cada mes llegaba un

buen sueldo, cómo se iba ampliando el tiempo de cotización a la Seguridad Social, cómo en navidades y en verano no solo le pagaban la extra, sino que le pagaban aunque no trabajara y le permitían irse de vacaciones y presumir de bienestar ante sus familiares, Fátima ya no quería que dejara el empleo y se enfadaría mucho si lo hiciera. Sami no podía perder un trabajo que lo había salvado de la elección que algunos de sus amigos todavía presentaban como inevitable: la delincuencia o la pobreza.

Y todo parecía estable y seguro hasta que unos días antes del control en la carretera llegaron al tanatorio varias cajas con huesos procedentes del cementerio municipal de Breda. Se había quedado pequeño y habían aprobado la construcción de un columbario sobre la parcela donde se enterraba a los desconocidos, a los mendigos, a quienes no tenían familiares ni recursos. Habían exhumado los huesos de las tumbas con más de cinco años de antigüedad y sin titularidad conocida y los habían enviado en bolsas estancas al tanatorio para su incineración a cargo de los fondos municipales. El dueño le encargó a Sami la tarea.

Había siete bolsas de adultos y una más pequeña, de un niño. Sami vació el contenido de las siete bolsas de los adultos en un ataúd deteriorado en exposición que serviría como arca y, cuando abrió la bolsa más pequeña, correspondiente al esqueleto de un niño, distinguió entre los huesos un pequeño objeto filiforme, delgado como un gusano. Era un colgante. El cordón se le deshizo entre las manos, pero sopló para limpiar de polvo el nombre, fundido en plata: جمال.

Desde la muerte de su padre y el regreso de su madre a Túnez, Sami apenas hablaba con nadie en árabe. Habían dejado de usarlo en casa, de modo que el idioma estaba desapareciendo de sus labios, pero el nombre escrito en plata le devolvió su sonido.

—Jamal —susurró.

Jamal. El nombre encendió una chispa de luz en su memoria, pero se apagó enseguida, antes de que pudiera iluminar nada. Dedujo que se trataba del esqueleto de un niño musulmán, por el colgante que le habían puesto al cuello, como si previeran que algún día sería necesario para su identificación.

—جمال —leyó y repitió—: Jamal.

—¿Qué tal vas?

Casi pegó un grito, sobresaltado por la voz del dueño del tanatorio, que había aparecido a sus espaldas. Instintivamente, devolvió el pequeño colgante al saco para que no lo viera, como si estuviera cometiendo un robo.

—Bien.

—Ya sabes que con estos no hay que conservar las cenizas —le recordó mientras observaba por encima los huesos buscando los posibles objetos metálicos de titanio, de plata y a veces alguna pieza de oro, porque cada vez había más cadáveres que no eran cien por cien combustibles. No encontró nada y regresó a la oficina.

De nuevo solo, Sami, visiblemente alterado, tuvo que refugiarse en el cuarto de baño para pensar con calma. Tras un rato de dudas, escondió en el almacén, detrás de los útiles de limpieza, la bolsa con los huesos de un niño musulmán. Les había prometido a Fátima y a Hasán que no quemaría cadáveres de musulmanes y necesitaba tiempo para encontrar una solución. No era religioso, pero conservaba una especie de respeto ancestral por las viejas creencias familiares, como si pudiera ocurrir algo aciago si actuaba contra ellas.

Por la noche, Fátima, cansada de oírlo removiéndose en la cama, le preguntó qué le pasaba y Sami le contó que les habían llevado al tanatorio para su cremación los huesos de un niño árabe llamado Jamal. Y que le habían encargado a él la tarea.

—¿Se llamaba Jamal? ¿Y era un niño musulmán?

—Sí. Calculo que de siete u ocho años.

—¿Y estaba enterrado en la zona municipal?

—Sí.

Fátima dio un salto en la cama, se sentó y encendió la luz de la mesilla. Se llevó las manos a la boca, con los ojos muy abiertos.

—Sami, sé quién era Jamal.

—¿Lo sabes?

—Sí. Y tú también lo conociste.

—¿El hijo de...? —recordó de pronto.

—Sí, el hijo de Dalila.

—¡No puede ser!

La historia había ocurrido seis o siete años atrás. A Dalila la había abandonado su marido, acusándola de impiedad y de provocar conflictos en la convivencia. El marido había regresado a Túnez,

aunque alguien había dicho que se había ido más lejos, a Siria o a Irak. Con un hijo pequeño y sin recursos ni apoyo, Dalila había terminado trabajando en un club de alterne, concitando así el definitivo rechazo de la comunidad que hubiera podido ampararla. Vivía en una casa vieja, pequeña y mal ventilada y una mañana madre e hijo aparecieron muertos por inhalación de los gases emitidos por una estufa de butano. La investigación determinó que había sido un accidente, pero el rumor levantó su negro vuelo sobre la comunidad musulmana para propagar que Dalila, sola y desesperada, había acabado voluntariamente con su vida y con la de su hijo.

Sin nadie que se hiciera cargo de los cadáveres, los servicios sociales del ayuntamiento los habían enterrado en la zona destinada a esos casos, hasta que, unos años después, con la ampliación para el columbario, habían exhumado los huesos y los habían enviado al tanatorio para su cremación. Los huesos de la madre podrían ser cualquiera de los siete esqueletos que habían ardido mezclados con los otros, pero al menos los del pequeño Jamal podían ser salvados de la cremación que prohibía Alá.

—No puedes quemarlos, Sami —le dijo Fátima.

—Ya te he dicho que los escondí antes de tomar una decisión.

—No puedes quemarlos —repitió—. Hiciste una promesa.

—¿Y qué hago con ellos?

—¡No grites, los niños están dormidos!

—¿Qué hago?

—Enterrarlos según nuestras costumbres.

—¿Dónde? No tenemos un sitio para hacerlo.

Fátima se quedó pensativa.

—Ya hay cementerios para musulmanes.

—Pero no en Breda.

—Pues podríamos llevarlos.

—¿Cómo? Eso supondría contar toda la historia y no creo que nadie la creyera. Además, puede ser peligroso. Está prohibido trasladar restos humanos.

—Nadie tendría por qué saberlo, Sami. Los llevaríamos en el coche.

—¿Llevaríamos? No. En todo caso, los llevaría yo solo. No voy a mezclarte en esto.

Fátima volvió a quedarse pensativa.

—Alá nos está tratando bien, no nos falta de nada. Tú tienes trabajo, yo me apaño con la limpieza de algunas casas y Karim y Azahara van bien en el colegio. Debemos corresponderle de alguna forma para que nos permita seguir así.

Y de ese modo habían elaborado un plan: por la mañana, Sami había hablado por teléfono con el imán de la capital autónoma y le había contado toda la historia. El imán lo había escuchado, había elogiado su decisión de no quemar los huesos de Jamal, a quien Alá acogería en su seno. Él hablaría con el encargado del cementerio musulmán de la capital y lo arreglaría todo. Lo único que debía hacer Sami era trasladar los restos de forma discreta, sin decir nada a nadie. En caso de problemas, debería dejar al imán fuera de la historia.